

solarian á los justos, que confortarian á los flacos, que servirían, como hoy Jesucristo, para la salud de muchos, para ser la gloria de su pueblo, la luz de las naciones, el consuelo de la Iglesia y el alivio de sus prójimos. Y aun cuando el Señor os pidiera como en otro tiempo á Abraham y hoy á María, el único heredero de las promesas, el único sucesor de vuestros títulos y de vuestro nombre, ¿no sería esto una nueva gracia con que queria favoreceros? El mundo le hubiera inficionado y el Señor le defenderá en lo íntimo de su tabernáculo. Acaso hubiérais sido el desgraciado padre de una posteridad maldita, y tendreis el consuelo de ver en él un escogido que os volverá á dar Jesucristo en el cielo; acaso siendo consagrado al Señor y revestido en la Iglesia de un carácter de dignidad, recibirá en la tierra vuestros últimos suspiros, será el ángel tutelar de vuestra muerte, os confortará en aquella última hora con las palabras de la fe y con los últimos remedios de los moribundos. Acaso humillareis vuestra cabeza, ya desfallecida, bajo su sagrada mano, que habrá servido de instrumento á vuestra reconciliacion, y como el viejo Jacob cuando agonizaba, asistido de su hijo elevado á gran dignidad en Egipto, tendreis como él el consuelo de adorar el báculo de su pastoral poder, y la sagrada señal de su autoridad: *Adoravit fastigium virgæ ejus...*¹ ¿De qué os sirve tener en la tierra sucesores de vuestro nombre, supuesto que habeis de dormir en el polvo del sepulcro? No hay para nosotros, dice San Ambrosio, mas verdadera posteridad que la que nos ha de seguir en el cielo. Aquellas personas de nuestra extirpe á quienes la divina justicia hubiere separado de sus santos y destinado á las eternas llamas, serán para nosotros como si nun-

¹ Hebr. 11, v. 21.

ca hubieran sido, dice el Espíritu de Dios: *Nati sunt quasi non nati.*¹ Y no debemos contar en nuestros parientes sino á aquellos que nos serán unidos en la Jerusalem santa con los inmortales lazos de la caridad: *Illa enim vera posteritas, quæ non in terris sed in cælo est.*²

Estos son los consuelos temporales con que aun acá en la tierra recompensaria Dios vuestro sacrificio. Cuando al contrario, estas vocaciones dispuestas de antemano, insinuadas, inspiradas, mandadas; estos sacrificios forzados de la codicia, ocasionan por lo comun, aun acá en la tierra, la calamidad y la desolacion de las familias, oscurecen el nombre, hacen secar la raiz de una posteridad soberbia, ven perecer la gloria y la descendencia de las cosas por los excesos de un hombre sin juicio, á quien se le habian sacrificado todos sus hermanos y son un manantial de amargos pesares y de ruidosas confusiones. Ven á sus hijos, á quienes la carne y la sangre habia colocado en el altar, deshonorar su ministerio, ser el oprobio de la Iglesia y aun algunas veces caer en el abismo, sacudir el yugo y perder la fe, despues de haber perdido la vergüenza y la inocencia. Y si los intereses de la Iglesia y los de vuestra salvacion no son suficientes para inspiraros horror á un abuso tan deplorable y tan bárbaro, á lo menos deteneos por vuestros propios intereses, por el cuidado de vuestra fama y la de vuestro nombre, y aprended de un príncipe tan religioso, particularmente en la eleccion de los sugetos que coloca en el santuario, á quien mueven tan poco el nombre, los títulos, el nacimiento, los servicios hechos al Estado, ni cualquiera otro género de mérito, si no está acom-

¹ Eccli. 44. v. 9.

² Ambr. de Interpr. cap. 3.

pañado con la doctrina, con los talentos y con la piedad, y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros que ella desprecia y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos del todo. Estas ofrendas defectuosas y estas conversiones imperfectas, forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Correspondamos con fidelidad, como María, á los fines de Dios para con nosotros; mantengámonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia; nunca impidamos con injustos deseos, disimulados con pretextos santos, los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios, y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva, que le extiende á todo lo que Dios nos pide, y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia para hallar la consumacion en el cielo. Amen.



SERMON

PARA LA FIESTA DE LA ENCARNACION.

Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.

Anunciamos la sabiduría de Dios, oculta en su misterio, la que no ha conocido ninguno de los príncipes de este mundo.

1. Cor. 2. v. 7. et 8.

El que los caminos de Dios son por lo comun distintos de los del hombre, y el que la eterna sabiduría en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana, se ve principalmente en el misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí, católicos, un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella, que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos, que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios, ha sido en todos tiempos ó escándalo ó locura para la prudencia de la carne, y aun hoy la sabiduría de Dios en este misterio es absolutamente incógnita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in misterio, quæ abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la ver-